

Mujeres, iglesia y aborto

Las mujeres latinoamericanas tenemos muchas cuentas pendientes con la Iglesia católica. Porque ha sido, desde hace cinco siglos, la institución que dio fundamento último a la subordinación, al lugar de servicio de las mujeres en la sociedad, a la negación del placer en todos los aspectos de la vida; y principalmente, la que ha regido la vida sexual, las relaciones interpersonales y la reproducción biológica de la especie humana en la región. La relación con la divinidad, una de las formas más extendidas de búsqueda de trascendencia de las mujeres, ha estado y está mediada por los rígidos códigos morales y preceptos eclesiásticos, cuyas transgresiones están penadas con la pérdida de la gracia, el alejamiento de dios, la segregación de la comunidad religiosa y la amenaza del fuego eterno. Aunque también para los varones rigen estos códigos morales, los castigos son más leves y existe una mayor tolerancia.

Pese al reiterado reconocimiento de la importancia del tema, pese a que un buen número de feministas hemos sido formadas dentro de la Iglesia en escuelas y universidades católicas, a que muchas han

participado en organizaciones de promoción social ligadas a ámbitos eclesiásticos, a que existen religiosas que se proclaman feministas o que ven con simpatía el movimiento, las reflexiones, las críticas, los cuestionamientos a la doctrina y a la moral de la Iglesia pocas veces han tenido lugar en público. Tampoco han tenido difusión en América Latina libros que ofrecen información poco conocida y planteamientos interesantes para profundizar. Pienso, por ejemplo, en el esclarecedor texto de Jean-Marie Aubert (*La femme. Antiféminisme et christianisme*. Cerf Desclée, 1975) traducido al español hace ya más de diez años, o el más reciente de Uta Ranke-Heinemann (*Eunuchen für das Himmelreich*, Hoffman und Campe, 1989 —Eunucos para el reino de los cielos—) que figuró entre los libros más vendidos en Alemania durante varios meses del año, pero del que no he visto anunciada la traducción.

Ni siquiera las teólogas y teólogos que participan en el movimiento de la Teología de la liberación han incorporado dentro de sus perspectivas la reflexión sobre los géneros y la opresión de las mujeres, o lo han hecho con exagerada timidez. Se sabe que esa reflexión existe (véase, por ejemplo, *fem.* núm. 20, diciembre de 1981-enero de 1982, y núm. 32, febrero-marzo de 1984). Pero quienes tienen el saber,

no lo dan a conocer. Y quienes se atreven a hablar, no lo hacen con la fundamentación requerida: o doctrinal de peso, conocimiento fundado en los documentos, manejo adecuado de las fuentes, formación filosófica sólida. Las realidades de sexualidades miserables y cargadas de culpas y las consecuencias de la prohibición del aborto no son dramáticas sólo para las mujeres de los sectores populares. Van más allá de la explotación de clase y tienen especificidades que es necesario analizar con sumo rigor, puesto que están ubicadas más nítidamente en la diferenciación social basada en los géneros y en el conflicto entre ellos. Trascienden, por lo tanto, a las clases desposeídas y afectan a todas las mujeres; y también —aunque en menor medida— a los varones.

De este modo, en los momentos cruciales, cuando en las instancias políticas y gubernamentales de los estados nacionales se debaten cuestiones tan fundamentales para las mujeres —pobres y ricas, blancas, indias, negras, mestizas y mulatas, adolescentes y adultas— como las referidas al cuerpo y a sus capacidades eróticas y reproductivas (control de natalidad, aborto, educación sexual), se percibe la falta de una argumentación que se sustente. Feministas o no, militantes por la ampliación y vigencia de los derechos humanos de las mujeres, no

disponemos de un discurso de verdad, capaz de oponerse al discurso de la Iglesia y las fuerzas retardatarias. Discurso, este último, basado en un pensamiento moral pagano (el estoico), en una supuesta tradición de penalización del aborto que no es tal, en la misoginia recalcitrante de las jerarquías católicas y en el desconocimiento más absoluto de las condiciones —materiales y no materiales— en que viven las mujeres de este continente.

Llenar algunos de estos vacíos en el discurso de quienes se movilizan por la despenalización del aborto —mujeres, pero también varones latinoamericanos— es el objeto de este libro colectivo: *Mujeres e Iglesia: sexualidad y aborto en América Latina*. Libro heterogéneo, que reúne investigaciones originales, reflexiones de las autoras y testimonios de trabajos en talleres con mujeres católicas, así como documentos y bibliografía.

Desde mi punto de vista tres son los artículos que aportan elementos nuevos, imprescindibles para el debate en la región: el de Rosa María Muraro, “El aborto y la fe religiosa en América Latina”, es una investigación original sobre la historia de la penalización del aborto en la Iglesia. Basada en los documentos eclesiásticos correspondientes, la autora sostiene que la prohibición del aborto es muy reciente en el largo tiempo de la insti-

tución: 1869, decretada por el papa Pío IX. Antes, y pese a que existió polémica, predominó en la Iglesia institucional el criterio de Aristóteles, según el cual, la animación no existe antes de los 40 días para un feto masculino ni antes de los 80 para uno femenino. Esta postura sólo se alteró en el breve interregno de vigencia de la Bula *Effrenatum* (1588), del papa Sixto V, anulada por su sucesor Gregorio XIV pocos años después de dictada. Conviene destacar que estos hallazgos de Muraro coinciden con los de Ranke-Heinemann (1989).

Rocío Laverde es autora de “¿Será que no nos conocen?: mujeres y sacerdotes en sectores populares”. Es el relato de la experiencia de un taller sobre sexualidad con mujeres católicas de entre 17 y 55 años, de sectores populares, en Colombia. El texto está construido con los testimonios de las participantes. Las mujeres expresan —con frescura y espontaneidad— sus experiencias, sentimientos, dudas, temores e incertidumbres ante la menarquia y la menstruación en la adolescencia, los matrimonios, las separaciones y divorcios, los embarazos, los abortos, en la juventud y la adultez como mujeres de fe, integrantes de una comunidad católica. Afirman que los sacerdotes orientan la vida sexual y reproductiva desde la distancia y el desconocimiento de las realidades de las mujeres.

Pero ellas dialogan con Dios “todopoderoso, sabio y bondadoso”; él conoce sus penurias y las alienta “para volver a empezar” cuando todo parece haberse perdido; él sabe por qué abortan y por eso lo hacen y lo seguirán haciendo, a pesar de las amenazas de condenación eterna de obispos y sacerdotes.

El tercer aporte significativo está dado en el “Epílogo” a cargo de Frances Kissling, norteamericana de la organización patrocinadora de este libro. Ella retoma los planteamientos del probabilismo teológico, desarrollados por la Iglesia en el siglo XIX y cuyo principio reza: “donde hay duda, existe libertad”. Es decir, ante cuestiones de estricto orden individual, como es el caso del aborto, la decisión moral correcta es la que surge de la intuición propia y no de autoridades externas.

Un cuarto artículo valioso, sin lugar a dudas, es el de Sylvia Marcos, titulado “Curas, diosas y erotismo: el catolicismo frente a los indios”. La autora se basa en fuentes documentales y en los trabajos etnohistóricos más prestigiados sobre Mesoamérica, para dar cuenta del choque cultural que significó la conquista. Porque a la dominación política y militar y a la caída de los dioses, se agregaron la represión de formas de relación erótica propias de estas culturas y la imposición del ascetismo y la doble moral sexual de la Contrarreforma.

Los restantes trabajos presentados en el volumen arrojan elementos interesantes acerca de las vivencias sobre la sexualidad culposa que impone la Iglesia a las mujeres, en las que seguramente gran número de lectoras y lectores se sentirán representadas/os. Sin embargo, encuentro que en los textos de Cristina Grela, Ana Maria Portugal y María Ladi Londoño se generaliza de manera exagerada y no se toma en consideración otras formas de sexualidad menos represivas que existen en el continente. Me refiero a las poblaciones negras y mulatas dominantes en ciertas regiones de Brasil y en las islas y costas del Caribe. Valga aquí una digresión.

Las feministas de esos países sostienen que en ellos, las mujeres —católicas o no— se hacen menos problemas que en el Cono Sur, la región andina, México y América Central; viven la sexualidad sin culpas o con muchas menos culpas y represiones, gozan y buscan el placer sexual sin penas ni vergüenzas. Magaly Pineda me contó que en un taller con campesinas en República Dominicana, después que explicó la práctica de la clitoridectomía, una señora adulta negra, consternada, exclamó: “¿Cómo es posible que les quiten la llave del candado del gusto?” Una hipótesis ha surgido en las pláticas informales entre las mesas de trabajo de

reuniones latinoamericanas de investigación sobre las mujeres: ¿no será que las poblaciones negras, por haber sido esclavas —esto es, consideradas sin alma— en la época colonial, han carecido de control sobre sus prácticas sexuales por los colonizadores y la Iglesia? Puede haber ocurrido que, al no reconocérseles alma inmortal y no ser sujetos de evangelización, estas poblaciones mantuvieran y transmitirían sexualidades menos represivas que las de las poblaciones indias, mestizas y blancas. Reitero: ésta no es más que una hipótesis que convendría ser tenida en cuenta en las investigaciones históricas referidas al periodo colonial y el siglo XIX en los territorios en que se introdujeron esclavos negros.

A pesar de las salvedades, anotadas con respecto a las mujeres negras, *Mujeres e Iglesia* es un libro que merece ser leído con atención y ampliamente difundido. Seguramente levantará polémica en distintos ámbitos latinoamericanos. Ojalá que así sea. A la vez que espero motive a feministas, intelectuales y académicas/os de nuestros países a analizar con seriedad y rigor los distintos aspectos que están incluidos en la doctrina y la moral católicas sobre el cuerpo, la sexualidad y la reproducción humanas. Un lugar particular es necesario que ocupe la producción de conocimientos acerca de las consecuen-

cias de aquéllas en las vidas de los distintos sectores de las mujeres latinoamericanas. Sobre éstas recaen las peores consecuencias de la hegemonía de la Iglesia: el sufrimiento, el dolor, la mutilación, la muerte. Porque, contrariando al refrán, este mal dura ya quinientos años.

M. Teresita De Barbieri (IISUNAM)

Cristina Grela, Frances Kissling, Rocío Laverde, María Ladi Londoño, Rosa María Muraro, Ana María Portugal (editora): *Mujeres e Iglesia. Sexualidad y aborto en América Latina*. Catholics for a free choice, USA Distribuciones Fontamara, S.A., México, 1989, 146 páginas.